

TRANSICIÓN EN EUROPA DEL ESTE: LOS DESAFÍOS DE LA GOBERNABILIDAD DEL PROCESO

ANDRÉS BENAVENTE URBINA*

INTRODUCCIÓN

En una investigación pasada que fuera publicada por el Instituto de Ciencia Política, abordamos la dimensión institucional de los Procesos de Transición en Europa del Este, preocupándonos de establecer, en cada caso, el tipo de Transición de que se trataba.

El presente estudio tiene por objeto situarse en una dimensión dinámica de tales procesos, considerando diversas variables que dicen relación con los esfuerzos de consolidación institucional. Se considerarán al efecto cuatro de ellas: la formación de nuevos y definitivos actores políticos, dado que en el momento del colapso del totalitarismo la nota recurrente fue la precariedad y el coyunturalismo de los actores emergentes; el alejamiento de una posibilidad de vuelta atrás en los respectivos procesos, lo que queda más claro en la medida en que se afianza como definitiva la etapa del postcomunismo; las modalidades del tránsito desde una economía socialista centralizada hacia una economía de mercado; y la identificación de los nuevos conflictos sociales que surgen cuando ya la fase transicional va superando las vinculaciones con el pasado y asumiendo un necesario rasgo de propuesta de diseño de sociedad futura.

I. LA FORMACIÓN DE NUEVOS ACTORES POLÍTICOS

En Polonia el proceso de transición fue acelerado por un actor social que había asumido rasgos netamente políticos como era Solidaridad. Allí se

* Cientista Político. Investigador y docente de este Instituto.

concentraron diversos grupos, trascendiendo al plano meramente sindical de donde provenía, transformándose en los hechos en una federación de corrientes y tendencias tras el objetivo común de la liberalización política y social. Sin embargo, hubo un momento, después que Solidaridad gana las elecciones relativamente abiertas a que convoca el gobierno comunista, en que los líderes del movimiento plantean la necesidad de buscar un nombre instrumental para el grupo de parlamentarios que habían logrado elegir.

Un autor relata que en ese momento “Walesa insistió que el grupo no llevara el nombre de Solidaridad. Argumentó que el grupo debería estar abierto a todas las tendencias independientes, democráticas, de Polonia. Las diferencias existían ahora, dijo, y si la aspiración era una Polonia realmente democrática, en el futuro éstas no harían sino agudizarse” (1). Se planteaba así, en el proceso transicional más ordenado, el tema de la emergencia de los nuevos actores políticos. Con mucha más razón esta cuestión cobraría vigencia en aquellos otros procesos donde casi no habían actores preexistentes al proceso de transición, que no fuera en algunos casos, el sector de ex comunistas reformadores.

En otras experiencias, como la húngara y la checoslovaca habían resurgido las expresiones políticas que existían hasta el establecimiento del régimen comunista. Se trataba de un recurso a los símbolos del pasado, más que a enfatizar una continuidad con aquellos partidos, por cuanto durante toda la etapa comunista ni siquiera habían existido en la clandestinidad. Pero a la hora de comenzar a construir un sistema partidario, la invocación y el uso de la tradición política sirve de factor legitimante. Al lado de esas denominaciones tradicionales se ubicaban las nuevas formaciones.

En Rumania donde se dio una clásica transición rupturista, obviamente las formaciones políticas preexistentes no se encontraban presentes a la hora de la caída de Ceaucescu, ni siquiera en forma embrionaria. Fueron los disidentes del propio Partido Comunista los que dieron forma a la oposición confrontacional que impulsa y ejecuta el derrocamiento del régimen. Se trata del Frente de Salvación Nacional que incluso había participado solapadamente en el último Congreso del Partido Comunista rumano celebrado en noviembre de 1989, haciendo circular un documento invitando a la destitución de Ceaucescu. Después del derrocamiento resurgirían los partidos tradicionales, como el Nacional Campesino y el Liberal. Para ellos “los principales responsables

(1) Garton Ash, Timothy: *Los frutos de la adversidad*, Barcelona, Editorial Planeta, 1992, pág. 340.

del Frente de Salvación Nacional (que asumió el gobierno) eran comunistas, cómplices durante mucho tiempo de Ceaucescu" (2). La convocatoria a elecciones para abril de 1990 posibilitó evaluar que los nuevos gobernantes estaban efectivamente por el multipartidismo y no se trataba de un reemplazo violento de unos comunistas por otros. Que de todas maneras obtuvieran allí una mayoría tan aplastante que no dejaba en buen pie de representatividad a los grupos tradicionales, se debía a lo apresurado de la estructuración de un esquema multipartidista y al apoyo de la población a quienes efectivamente tomaron la decisión de derrocar al régimen totalitario. Ya vendrían días de afianzamiento del multipartidismo, como efectivamente ocurrió.

En las elecciones celebradas en Alemania del Este el 18 de marzo de 1990, cuyos resultados darían paso al proceso de unificación alemana, participan veinticuatro partidos políticos. En tan amplio abanico podemos encontrar denominaciones tradicionales como la Unión Cristiano Demócrata, el Partido Social Demócrata, el Partido Comunista, hasta expresiones de grupos de presión como el Partido Democrático de los Agricultores, la Liga Democrática de Mujeres y la Unión Alemana de Bebedores de Cerveza. Evidentemente la jerarquización que impuso el electorado fue clara y tajante: mientras la Unión Cristiano Demócrata lograba 4.710.598 sufragios, el Partido Social Demócrata, 2.525.534 votos; el Partido de los Bebedores de Cerveza reunía 2.534 sufragios (3).

En el caso de las elecciones de Asamblea Constituyente en Bulgaria, celebradas el 10 de junio de 1990, participan también un sinnúmero de partidos, logrando representación entidades antiguas como el Partido Socialista (ex comunista), coaliciones de grupos emergentes como las Fuerzas Democráticas Unidas, y expresiones de un pretérito que desea resurgir como la Unión Nacional Agraria Búlgara. En este proceso electoral, según lo hacen presente los observadores internacionales que supervisaron las elecciones, estuvo caracterizado por "el corto período de tiempo entre la apertura política de noviembre de 1989 y las elecciones, obstaculizó la capacidad de los partidos de oposición recién formados para organizarse" (4).

(2) Bogdan, Henry: *La Historia de los países del Este*, Buenos Aires, Editorial Vergara, 1992, pág. 396.

(3) Los resultados electorales de Alemania del Este han sido tomado de Josef Thesing: "Primeras elecciones democráticas en Alemania del Este. Resultados y Consecuencias", en revista "Contribuciones", Buenos Aires, N° 2, del año 1990.

(4) Ver al respecto el extracto del Informe del Instituto Republicano para los Asuntos Inter-

La característica común es que los partidos políticos se estructuraban apresuradamente ante la urgencia de participar en las elecciones fundacionales del período transicional. No contaban con experiencia pasada ni podían exhibir plataformas programáticas profundas, ni una orgánica lo suficientemente asentada. De allí, que el factor predominante en la primera hora sea el coyunturalismo. El electorado se pronunciará por aquellos grupos que —independientemente de su denominación— juegan roles protagónicos en el cambio de régimen político, con la salvedad de los comunistas tradicionales.

Será a partir de los resultados de las elecciones fundacionales que se dará en profundidad el proceso de formación de los nuevos actores políticos, entendidos éstos como partidos políticos que expresan una vocación de permanencia en el tiempo. Esos mismos resultados expresarían a la vez el sentido y dirección que tendría el respectivo proceso transicional. Así, del resultado de las elecciones de Alemania del Este se derivó el proceso de unificación, el que fue impulsado por el categórico triunfo de la Democracia Cristiana (CDU) y la del conservador partido Unión Social Alemana (DSU), más el pequeño partido Amanecer Democrático. Con un gobierno mayoritariamente DC en Alemania del Este y del mismo signo en Alemania Federal el proceso unitario se aceleraría. Al decir de Thesing: “Los votantes comprendieron que sólo podrían llegar a materializar la unidad alemana rápida y favorablemente si en Alemania del Este se formaba una mayoría en favor de un partido o de una alianza de partidos en directa relación con el partido oficialista en la República Federal Alemana” (5).

Los partidos políticos democráticos en los procesos transicionales de Europa del Este son improvisados. Incluso los polacos, pues ellos se derivan de Solidaridad que fue una convergencia de oposición social que deriva a lo político. La oposición política en los gobiernos totalitarios era débil orgánicamente y los propios disidentes nunca proyectaron su participación política en un escenario democrático-postcomunista. En la mayoría de estos procesos, las agrupaciones políticas opositoras al régimen comunista surgieron en los meses previos al colapso, con rasgos más propios de movimientos sociales que de partidos organizados. En los procesos rumano y búlgaro la formación de los partidos se produce después del derrocamiento de Ceausescu y de la decisión del Partido Comunista búlgaro de iniciar la transición, respectivamente.

nacionales: “The June 1990. Elections in Bulgaria”, publicado en Revista de Ciencia Política, Santiago, vol. XIII, N° 1-2, 1991.

(5) Thesing, Josef: artículo citado.

Si bien después de las elecciones fundacionales se produce una jerarquización de las fuerzas políticas, lo que facilita la formación de partidos permanentes con bases más sólidas, sobreviene un nuevo rasgo conflictual para los partidos emergentes. Es lo que acontece con la fuerte pugna interna que comienza a desatarse al interior de ellos. Esto puede advertirse en Solidaridad polaca, en el Foro Cívico checoslovaco, en el Foro de Demócratas Húngaros, en la Alianza de Demócratas Libres de Hungría y en el Frente de Salvación Nacional rumano. Esto puede explicarse, desde una perspectiva, por el hecho de que en tales agrupaciones primó inicialmente un consenso de término, esto es, una voluntad clara de impulsar el cambio de régimen político, y ello posibilitó la integración en un mismo bloque político de tendencias tan diversas que van desde el nacionalismo conservador, hasta los ex comunistas reformados, pasando por demócratas cristianos, socialdemócratas y liberales. Obviamente, al entrar a diseñarse políticas de gobierno afloran las diferencias, dado que ese consenso de término no es capaz de transformarse en un consenso programático. Cada tendencia trata de luchar por sus propios proyectos de sociedad y eso ha provocado no pocas divisiones en los partidos originarios.

A la luz de estos hechos, nos parece razonable aplicar a este tipo de partidos políticos, la tipificación de Partido Circunstancial que plantea Jorge Jaraquemada, cuando señala que se entiende por tal “aquellos que se forman para eventos singulares, como las elecciones o ante coyunturas especiales del acontecer político, sin tener profundidad doctrinaria y que terminan por desaparecer junto con la contingencia que los hace nacer y les permite existir” (6). En otras experiencias transicionales podemos observar la presencia de estos partidos, como ocurrió con la Unión de Centro Democrático en España y con el Movimiento Democrático Brasileño antes de su disgregación.

Un buen ejemplo de lo anterior lo constituye el Foro Cívico de Checoslovaquia que se dividió bastante antes de que se planteara como definitivo la separación del Estado. Se derivan de él dos partidos, uno de centro-izquierda, dirigido por el Ministro de Relaciones Exteriores, en 1990, Jiri Dienstbeir, y otro de centro-derecha, dirigido por el Ministro de finanzas Vaclav Klaus. Este último explica las causas del término de la instancia instrumental: “Sin ninguna duda el Foro Cívico tuvo un papel importante para abatir el antiguo régimen

(6) Jaraquemada, Jorge: *De la generación, participación y responsabilidad en las Asociaciones voluntarias de mediación*, Santiago, Memoria de Prueba para optar al grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1988, pág. 21.

totalitario. Pero, como movimiento político carecía de estructuras bien establecidas, de una filosofía claramente definida. Es por ello que se manifiestan importantes divergencias entre los adherentes acerca del "doble plan político y económico" (7). Concluye que su tendencia, transformada en Partido Cívico Democrático buscará alianzas con partidos que compartan sus mismos objetivos de hacer una transformación liberal de la sociedad.

Desde luego, que estas tensiones internas y el consiguiente fraccionamiento —en los casos que corresponden— hacen que el sistema de partidos que se está constituyendo en Europa del Este se muestre débil. Otro factor que incide en lo mismo es la falta de estructuras de representación de los intereses sectoriales, esto es la existencia de sindicatos, de asociaciones empresariales, de asociaciones profesionales, etc., por lo cual, como apunta Carmen González: "los partidos están sometidos a una multiplicidad de presiones de intereses particulares, que en una democracia consolidada se expresarían en otras vías, y que en estos países amenazan continuamente la capacidad de dedicación de los partidos a elaborar políticas nacionales" (8).

A falta de estructuras sindicales (con la salvedad de Polonia) y empresariales (estas últimas obviamente ausentes en países donde no existía propiedad privada), los movimientos sociales han jugado algunos roles articuladores. En primer lugar ellos se formaron tras la demanda política de liberalización de la sociedad civil y fueron pluriideológicos. Varios de ellos estuvieron en el nacimiento de expresiones políticas como el Foro Cívico de Checoslovaquia, por ejemplo, y otros optaron por mantenerse al margen de los partidos políticos estimulando el proceso democratizador.

Cuando una sociedad no tiene cauces de expresión institucionalizados, o éstos se encuentran agotados (en Europa del Este se da la primera opción), los movimientos sociales tienen un espacio asegurado. Pueden aparecer en cualquier momento, bastando sólo un conjunto de reivindicaciones lo suficientemente convocante para ello. Dada su capacidad movilizadora pueden provocar crisis en los sistemas políticos, tanto más si éstos se asientan sobre sistemas políticos aún débiles.

Así como se formaron movimientos sociales para demandar la caída del

(7) Ver entrevista a Vaclav Klaus, Ministro de Finanzas de Checoslovaquia, "Checoslovaquia: el arte de las privatizaciones", en revista Ciencia Política N° 26, Bogotá, primer trimestre de 1992.

(8) González, Carmen: *Las Democracias del Este*, en revista Leviatán N°, 42, Madrid, Invierno de 1991.

totalitarismo, algunos autores ven posible la articulación de nuevos movimientos de este tipo tras objetivos étnicos y económicos, dada la fuerza que han cobrado los sentimientos nacionalistas y dada la dificultad que ha importado el tránsito de una economía socialista a una de mercado, según lo veremos más adelante. Y la acción de estos movimientos —que puede sobrepasar a la de los partidos políticos— puede transformarse en un factor que lesione el afianzamiento del proceso de consolidación institucional. Así, por lo demás, lo piensa André Gunder Frank cuando escribe: “Los mismos movimientos sociales, que primero actuaron como instrumentos de la liberación, podrían poner en peligro después los mismos procesos democráticos que pusieron en marcha. En efecto, en plena crisis económica y política los movimientos sociales derivados (de ella) podrían convertirse en instrumentos de disensiones con imprevisibles consecuencias, lo que podría concluir en reacciones populistas dictatoriales contra la democracia recién conquistada” (9).

Frente a la debilidad del sistema de partidos se fortalecen las figuras de los líderes que impulsaron los respectivos procesos transicionales en sus inicios. Eso queda claro con Ilescu en Rumania, con Walesa en Polonia y durante dos años, con Havel en Checoslovaquia, hasta que —en este caso— terminaron por prevalecer las tendencias nacionalistas que precipitan la división pactada del Estado. En las elecciones presidenciales polacas Walesa obtiene el 75% de los votos, mostrando un discurso más autoritario que inclinado a la tradición reivindicativa de Solidaridad. En Checoslovaquia los primeros pasos de la transición se dieron tras la figura aglutinante de Vaclav Havel, uno de los líderes del movimiento proderechos humanos. Más intelectual que político no supo o no pudo, en definitiva, evitar el avance del proceso separatista, pero sin duda que su liderazgo posibilitó primero un gobierno de coalición para afrontar la emergencia del nuevo régimen postcomunista y el carácter pacífico de la división del país, cuestión que contrasta fuertemente con lo sucedido con Yugoslavia.

Sin embargo, la debilidad estructural de los nuevos regímenes políticos radica en haber establecido un sistema parlamentarista, en vez de uno presidencial. No se trata de ser crítico del primero para favorecer al segundo. Teóricamente ambos tienen ventajas y dificultades. Pero, para que un sistema parlamentario pueda funcionar bien, formando gobiernos estables, se necesita de un sistema de partidos consolidados, cosa que no acontece aún en Europa

(9) Gunder Frank, André: *La Revolución en Europa del Este*, en revista Nueva Sociedad N° 108, Caracas, Julio-Agosto de 1990.

del Este. La experiencia polaca con la multiplicidad de Primeros Ministros, derivados de lo precario de las coaliciones de gobierno, es un ejemplo de suyo ilustrativo al respecto.

El riesgo que corren la mayoría de los procesos transicionales en Europa del Este, a la luz de la precariedad de los sistemas de partidos que coexisten con un régimen parlamentario en lo institucional, es que se desacredite ante el electorado no sólo el régimen parlamentario, sino que los partidos como instituciones y con ellos, el propio sistema democrático que apenas ha sido puesto en funcionamiento. La amenaza no importa una vuelta atrás, sino que consiste en que puede irrumpir un populismo nacionalista, que puede llegar a derivar en una dictadura conservadora. Cuando se comprende bien este riesgo, se concluye que la derrota del comunismo, que el colapso de los socialismos reales, no significa de manera automática en lo político, la consolidación del sistema democrático.

Uno de los desafíos más cruciales de esta etapa del incipiente desarrollo político de los países de Europa del Este es construir un sistema de partidos estable y sólido, que responda a requerimientos reales de sus respectivas sociedades. Cuando ese sistema se haya consolidado, se presentarán de manera más nítida las diferentes alternativas de proyecto de sociedad, haciendo más informada la competencia política y, por lo mismo, más claras las relaciones entre los poderes del Estado.

II. LA TRANSICIÓN DESDE UNA ECONOMÍA SOCIALISTA A UNA ECONOMÍA DE MERCADO

Los países de Europa del Este no sólo viven en una etapa de construcción de un sistema democrático. Llevan a cabo también un proceso de transición entre un modelo de economía socialista a una economía de mercado. En este punto hay que afirmar que las economías de estos Estados no parten de una situación estable, sino de una crisis profunda y prolongada. La experiencia no sólo resulta inédita, sino que además, varios de sus artífices han sido ex comunistas. Este dato debe ser analizado de manera ambivalente, pues de un lado, es una señal categórica del colapso irreversible de las economías planificadas al punto que quienes fueron sus seguidores técnicos hoy adhieren a un modelo opuesto; de otro, empero, ofrece cierto riesgo por cuanto

quienes son advenedizos a un esquema de mercado, o no lo entienden a cabalidad o pueden considerarlo sólo como una 'receta' coyuntural para salir de la crisis.

La transición económica contempla dos fases. La primera es una etapa de emergencia que consiste en detener los efectos de la crisis, esto es hiperinflación y escasez. La segunda es una etapa fundacional, consistente en la aplicación de una estrategia de desarrollo preelaborada que efectivamente establezca una economía de mercado.

Resulta ilustrativo al respecto mostrar cuáles fueron los ejes centrales de la política económica radical aplicada en Polonia en 1990, bajo la conducción del Viceprimer Ministro Leszek Balcerowics. Se aplicaron tres mecanismos para avanzar hacia el cambio: se admitió que el comercio internacional era el medio más efectivo para introducir competencia en la economía, por lo cual se permitió que empresas extranjeras importaran libremente a Polonia; se liberalizó el mercado interno, eliminándose los controles de precios; y se comenzó con un proceso de privatización de pequeñas y medianas empresas, estimándose que la privatización de las grandes empresas requeriría de más tiempo y de una economía en vías de sanearse. Agregado a lo anterior se definió una política fiscal que pusiera término a los déficit presupuestarios como condición para terminar con la hiperinflación.

Desde luego que la aplicación de esta política en el corto plazo provocó más alzas de precios —con la liberalización de ellos—, un clima recesivo y un aumento en el desempleo. Los primeros fueron luego estabilizándose gracias al juego entre oferta y demanda. El clima recesivo es percibido como transitorio en tanto la economía polaca logre ajustarse a los nuevos padrones. Lo mismo acontece con el empleo, el que debe reestructurarse desde el modelo en que el Estado es el único empleador, hasta el esquema de libre empresa.

La aplicación de un esquema de transición rápida a una economía de mercado requiere necesariamente de perseverancia y de voluntad política para resistir la impopularidad inicial. Jeffrey Sachs y David Lipton, asesores del primer gobierno polaco postcomunista en materia de privatizaciones definen tres tipos de riesgos que la transición económica debe enfrentar: la tentación populista que puede hacer detener el clima recesivo para provocar un alivio de corto plazo pero que equivale a reiniciar la inflación; el debate político paralizante sobre la conveniencia de las privatizaciones; y el proteccionismo. Para neutralizar esos riesgos hay que evitar que "coaliciones de trabajadores, gerentes y burócratas atados a sectores en declinación obtengan triunfos en

sus presiones para preservar sus empleos frente a las adversas fuerzas del mercado" (10).

Retomando el análisis general, se puede evidenciar que si en materia política había un claro consenso entre los sectores disidentes de los regímenes colapsados, de que en reemplazo del sistema totalitario debería instaurarse una democracia de tipo parlamentaria. En materia económica, en cambio, en torno al camino a seguir no había consenso, pudiéndose constatar un abanico de opciones que iban desde el establecimiento de un esquema keynesiano de Estado de Bienestar, hasta las tesis monetaristas de Friedmann. Respecto del caso polaco Walicki afirma que "Solidaridad fue un movimiento revolucionario, aunque su blanco era sólo el Estado y su elite política, no el sistema socioeconómico del socialismo real. Era así porque quienes participaban en él eran productos orgánicos de ese mismo sistema y no tenían concepto de uno diferente" (11). Como no había consenso en el tema económico, con las pugnas al interior de los gobiernos y con los cambios ministeriales se han ido ensayando diversos esquemas y matices, lo que evidencia un proceso discontinuo que obviamente tiene incidencias negativas: disminución del producto, aumento del desempleo e inseguridad económica.

Lo anterior ha provocado desencanto en sectores de la población y su efecto político es que han comenzado a surgir partidos y grupos de oposición de izquierda a los gobiernos. No se trata de propiciar un retorno al marxismo tradicional, que políticamente carece de legitimidad en esas sociedades, pero sí de que el socialismo intenta plantearse como alternativa de recambio, para lo cual corta vinculaciones con su pasado ortodoxo. Así, a diferencia de Sachs, Tom Bottomore plantea que "un proceso más gradual de cambio económico, concentrándose en mejorar el rendimiento de las empresas de propiedad pública, alentando la producción y el comercio privado en las áreas donde es más apropiado y útil, y modificando, racionalizando y haciendo más responsable la maquinaria de la planificación, habría sido más beneficioso para la población en su conjunto" (12).

La propuesta socialista renovada —que se deriva del marxismo— es la adopción de una economía mixta, pero con una fuerte presencia del Estado

(10) Sachs, Jeffrey y Lipton, David: *La Reforma Económica en Polonia*, en Revista Ciencia Política, N° 20, Bogotá, Tercer Trimestre de 1990.

(11) Walicki, Andrzej: *Liberalismo en Polonia*, en revista Estudios Públicos N° 38, Otoño de 1990.

(12) Bottomore, Tom: *¿Qué tipo de economía socialista?*, en revista El Socialismo del Futuro, N° 5, Madrid, 1992.

y con un importante rol de la planificación. De alguna manera es la simple adecuación a las nuevas realidades políticas del pensamiento socialista tradicional, donde la propiedad estatal sigue jugando un papel determinante. Por lo mismo no ofrece viabilidad alguna, por cuanto entre las causas importantes del colapso de los socialismos reales está su ineficiencia económica. En su diagnóstico confunden la inevitable crisis que produce un cambio de modelo económico, que importa descomponer y desarticular antiguas estructuras e instalar otras nuevas, con resultados definitivos. Confunden algunos importantes efectos negativos de las políticas aplicadas con los efectos propios de una economía de mercado, no queriendo reparar que muchos de esas consecuencias negativas no se deben a esta última, sino a la falta de continuidad en las políticas que se siguen y a la falta de perseverancia política en aplicar medidas que en el corto plazo obviamente son impopulares.

A la visión pesimista de Bottomore hay que contraponer la opinión del Ministro checo Klaus. Él ha impulsado un sostenido proceso de privatizaciones, donde diferencia entre las privatizaciones estándar —que es la venta a inversionistas regulares, particularmente extranjeros o la formación de empresas mixtas con capitales privados extranjeros y empresas fiscales checas— y privatizaciones no estándar que “tienen que comprometer más profundamente al pueblo checoslovaco”, explicando que ello se logra mediante una concepción liberal de privatizaciones, que “no consiste en distribuir de manera autoritaria las acciones a los empleados de las empresas. No se trata de crear cualquier tipo de accionistas de empresa. Nuestro lema fundamental es: libre exigencia. Las gentes deben ser libres de escoger la empresa en la cual quieren participar... Esta posibilidad permitirá a cada uno elegir entre el peligro y la seguridad. Esto contribuirá al desarrollo de un mercado de capitales y de inversiones institucionales, todo esto impidiendo una dispersión demasiado grande de acciones” (13). Arriesgarse para construir el futuro versus la comodidad de seguir bajo la protección del Estado, son las opciones reflejadas en los pensamientos de Bottomore y de Klaus. En el primer caso nos encontramos con un remozamiento del socialismo que existió; en el segundo con una propuesta liberal de recambio de los esquemas económicos.

En la experiencia húngara se generó un amplio consenso político en llevar a cabo un proceso de transición económica con una dosis de gradualismo. A inicios de 1990 se dicta la Ley de protección de activos estatales, formándose la Agencia de Activos Estatales, organismo que fiscaliza —con

(13) Entrevista a Vaclav Klaus, citada.

derecho a veto— el proceso privatizador, a fin de que no se produzcan las privatizaciones espontáneas decididas por la autoridad política. Si bien el mecanismo ha dado transparencia al proceso, lo ha hecho lento y engorroso. Sin embargo, se avanza hacia una economía de mercado bajo la inspiración de las políticas del Foro Democrático, donde puede advertirse influencia del pensamiento demócrata cristiano. En el gobierno hay temores respecto de las presiones sociales si se va más rápido, aun cuando hay conciencia de que se saldría más rápido de la crisis si hay una reducción de la demanda interna para frenar la inflación y un aceleramiento del proceso privatizador. Lo que ocurre es que, pese al consenso político, el gobierno es de coalición y no hay en él liderazgos fuertes, como el del Presidente Walesa en Polonia, que dé respaldo político al proceso con sus dificultades. Pese a ello, el economista húngaro Adam Torok —asesor del gobierno— afirma que “la privatización acelerada ayudaría a traer más inversión extranjera directa y ello aliviaría la constante presión en la balanza de pagos” (14). Con ello se eliminarían dos factores de inestabilidad que preocupan a los políticos: la inflación y el déficit presupuestario que genera a aquélla.

Los procesos económicos no han sido uniformes, en atención a que se ha partido de los condicionamientos existentes. En Polonia fue donde se introdujeron reformas económicas más drásticas; en Hungría y Checoslovaquia hay un avance más lento, pero seguro, particularmente en el primer país donde la apertura económica precedió al cambio político. Rumania y Bulgaria son experiencias que se muestran aún incipientes. La excepción en cuanto a vertiginosidad del paso de un modelo a otro lo ofrece Alemania del Este, pero aquí ello se da en virtud del proceso de reunificación alemana.

El cambio es difícil, pues hay que partir por establecer los supuestos sobre los que se basa la economía de mercado: propiedad privada, libre concurrencia, redimensión del tamaño del Estado. Los riesgos de pérdida de apoyo político en la etapa de implementación del cambio es también alta. Las políticas de shocks suelen ser impopulares, pero pueden llevarse a cabo si hay una voluntad política para ello y se encuentra en la población comprensión del pleno agotamiento de los esquemas socialistas, y que por lo tanto no se requiere de un maquillaje o de adecuación de lo conocido.

Por ello es que el gradualismo en la adopción de las reformas económicas aparece como una opción tentadora que, en una primera lectura, atenua los

(14) Torok, Adam: *En la senda hacia una economía libre. Hungría: logros y obstáculos en el período 1989-1990*, en revista Estudios Públicos N° 41, Santiago, Verano de 1991.

costos políticos en el corto plazo. Sin embargo, el gradualismo presenta serias dificultades que pueden concluir en el fracaso de la estrategia económica y la creación de frustraciones colectivas. Al respecto es interesante tener en consideración la crítica que al gradualismo hace Hans Tietmeyer: "Gradualismo significa que el tiempo que media entre la superación del antiguo sistema y un funcionamiento eficiente del nuevo orden de mercado y de las diferentes reformas y sus resultados económicos, es relativamente prolongado. Esto hace que en definitiva un proceso gradual de reformas es más caro que un programa radical de reformas. Al mismo tiempo, crece el riesgo de que la filosofía de las reformas se vea erosionada, y por ende se retraiga la situación, lo que puede generar nuevas incertidumbres" (15). El ejemplo soviético primero, y ruso después, resulta ilustrativo de las dificultades económicas y políticas que implica un gradualismo, donde además se evidencia una carencia de continuidad en las concepciones que orientan el proceso de reformas, lesionando de paso la eficiencia y la credibilidad del proceso.

Las ventajas de un proceso privatizador rápido dicen relación con los mayores recursos que el Estado dispondría por la vía de la eficiencia empresarial privada, y porque la radicalidad y la vertiginosidad del proceso evitarían que los sectores corporativos y la burocracia se transformaran en factores de freno al cambio de estrategia de desarrollo tal cual acontece en la Federación Rusa.

La transición hacia una economía de mercado tiene tres fases. La primera, que es el punto de partida, es el consenso político y social sobre el colapso de la economía socialista centralizada. La segunda consiste en un afán de compatibilizar características del socialismo con el modelo de mercado —lo que se ha dado en llamar 'socialismo de mercado'—, y que consiste básicamente en la aplicación de políticas descentralizadoras que apuntan a una autogestión del llamado capital social, aceptando segmentos de propiedad privada. La tercera, a la cual inevitablemente se llega, es la adopción, con matices diversos, de la economía de mercado.

No es simple avanzar en la construcción de una economía de mercado desde modelos socialistas. Tal como lo señalan Stanley Fischer y Alan Gelb se requieren de varias condiciones. En primer lugar de "cambios políticos que reconozcan el valor de la diversidad y de la iniciativa individual". En segundo lugar "un cambio fundamental en el papel del gobierno y en su organización,

(15) Tietmeyer, Hans: *Europa del Este en el comienzo*, en revista Contribuciones, Buenos Aires, Dossier 1991.

para que apoye al mercado" (16). Y obviamente todo ello debe reflejarse en cambios en la estructura y los comportamientos económicos.

El redimensionamiento del Estado se hace mediante el proceso privatizador. Sin embargo, éste requiere de la formación de capitales privados en el país y además de la formación de un sentido empresarial allí donde el único empresario era el Estado. Si en el corto plazo se hace necesario aplicar políticas estabilizadoras para no agravar las tensiones sociales, en el mediano lo apremiante es la formación de instituciones propias de una economía de mercado, sin las cuales el Estado seguirá teniendo fuerte presencia gracias a la regulación.

El proceso aludido requiere de una voluntad política para llevarlo a cabo. En ese orden la primera disyuntiva que se les plantea a los gobiernos transicionales es optar entre la reforma radical y el gradualismo, lo que en otros términos equivale a privilegiar el corto o el largo plazo, pues no cabe duda alguna que en el corto plazo la transición desde una economía socialista a una de mercado provoca desequilibrios sociales y tensiones políticas.

Por de pronto, los gobiernos de Europa del Este han debido soportar tensiones sociales. No es fácil para las personas que han vivido en un sistema en que con empleos improductivos tenían seguridad, pasar a otro esquema —como el de mercado— en que pueden desarrollar una actividad productiva pero que por sí no les asegura una renta vitalicia, que no sea aquella que dependa de su propio esfuerzo y de la manera en que asuma la competencia. "Si bien es cierto que la sociedad polaca desea un cambio importante... también lo es que esa misma sociedad ha sido educada y formada en los últimos treinta años en un esquema de sobreprotección: seguridad en el empleo, en los servicios y otros. El plan económico (radical) podría provocar cierto desconcierto y temor en la medida en que la población viese afectada su seguridad" (17), se afirmaba por un analista.

No resulta fácil soportar la presión que significa el costo social de la reducción del tamaño del Estado que se traduce en un aumento transitorio de la cesantía, en tanto no se creen nuevas fuentes de trabajo, tarea que ya

(16) Fischer, Stanley y Gelb, Alan: *Problemas de la Reforma de la Economía Socialista*, en varios autores: "Reformas Económicas en Europa del Este", Santiago, editado por Corporación Libertas, 1991, pág. 25.

(17) Ver intervención del Cónsul de Polonia en Chile, Marek Tereszkievicz, en la Mesa Redonda "Polonia: Transición hacia una economía de mercado", que aparece bajo ese mismo nombre en la revista Estudios Públicos N° 38, Santiago, Otoño de 1990.

no compete el Estado. En Polonia estos efectos se han visto atenuados por la responsabilidad política con el proceso de parte de Solidaridad en cuanto actor social y en Hungría por el uso de hecho de mecanismos de concertación social. Además es aquí donde la comunidad internacional y sus instituciones supranacionales encuentran campo propicio para la colaboración, tal como lo ha hecho el Banco Mundial con los préstamos para ajuste estructural que ha concedido a esos dos países.

Con distintos énfasis han ido adoptándose los pasos necesarios para culminar esta transición económica. Se han liberalizado los precios, se ha abierto la economía hacia inversiones extranjeras, lo cual importa asumir un proceso privatizador, se ha reestructurado el sistema financiero. Queda como tarea pendiente la desregulación. A su respecto debe hacerse presente, en todo caso, que dadas las características de este tipo de transición el Estado debe jugar todavía un papel importante, que requerirá una buena dosis de regulación inicial: encabezar y presidir su propia reducción.

En definitiva, los ritmos de avance de las transiciones económicas si bien diferentes y condicionados por la respectiva realidad nacional, apuntan inequívocamente a una economía de mercado como norte, desestimándose cualquier camino intermedio o 'tercera vía' entre la agotada economía socialista y el modelo de libre mercado. Si políticamente esto podría merecer dudas al inicio del proceso transicional, en este momento la realidad misma se ha encargado de despejarlas.

III. EUROPA DEL ESTE EN EL POSTCOMUNISMO

Después de pasada la euforia del momento liberalizador, sobrevinieron, como lo hemos visto en el presente estudio, dificultades políticas y económicas que han debido ser sorteadas por los gobiernos transicionales. Obviamente la interrogante que se plantean varios analistas de los procesos internacionales es si al tenor de las crisis emergentes, fundamentalmente de la crisis provocada por la transformación económica, es posible que se vuelva al pasado, es decir, que el comunismo vuelva a ser una opción política, en cuanto puede inducir a una idealización de un pasado socialmente 'seguro' e igualitario.

Nuestra respuesta a la interrogante es que el retorno al comunismo no es posible. La opción comunista se ha desintegrado. Varios de quienes perte-

necieron a sus filas y sus cuadros dirigentes se han transformado en militantes de un socialismo renovado, con fuertes matices socialdemócratas. Los casos de Hungría, Rumania y Bulgaria son altamente ilustrativos. Los pocos que permanecen fieles a la ortodoxia y que han refundado partidos comunistas, ven que su alternativa no es acogida por el electorado siendo relegados a lugares prácticamente insignificantes.

Comentarios apresurados suelen ver riesgos de retorno del comunismo, porque en Lituania y en Bulgaria ex comunistas ganan las elecciones. Lo primero que hay que advertir es que se trata del sector reformado del comunismo, del mismo que dejó de ser comunista y que posibilitó la ruptura del sistema. En Lituania, donde recientemente se han producido elecciones, se puede establecer que el actor político triunfante es el socialismo democrático, que ha derrotado a los sectores conservadores y nacionalistas que alcanzaron su mayor gravitación cuando estaba vigente la bandera de la independencia, pero que en democracia no se mostraron eficientes para resolver los problemas económicos. El triunfo de los ex comunistas no ha significado alteración alguna para el novel sistema democrático y en sentido estricto habría que hablar de un socialismo democrático gobernante respetuoso de los derechos de la oposición.

En Bulgaria el Partido Comunista dejó de llamarse así, cambiando su nombre por el de Socialista. No se trató sólo de un maquillaje, sino que se expulsó y sancionó judicialmente a los ex jefes y se aceptó un régimen pluralista en lo político y se inició la construcción de las bases de una economía de mercado. Cuando gana las elecciones de 1990 algunos ponen en duda la materialización efectiva del proceso democratizador —en una situación similar a la rumana—. Que los mismos que detentaban el poder e iniciaran la transición ganaran las elecciones y no las perdieran como en la experiencia húngara, despertaba inquietudes. En el informe de los observadores internacionales, que ha sido citado precedentemente, se dice al respecto: "Antes del golpe de noviembre (que derroca a los comunistas tradicionales en 1989) no existió un movimiento de oposición, ni siquiera una comunidad disidente organizada. En atención a la falta de una cultura política democrática, la brevedad del período preelectoral fue insuficiente para eliminar los efectos de una cultura totalitaria que se venía desarrollando durante cuarenta y cinco años" (18). Más allá de los temores, el proceso democratizador prosiguió

(18) Informe de Observadores Internacionales a las Elecciones búlgaras de junio de 1990, citado.

demostrando que los ex comunistas en verdad ya no son comunistas. Esto que es tan obvio no lo es tanto para las visiones integristas y por eso hay que reafirmarlo con énfasis.

Es cierto que las dificultades económicas pueden provocar nostalgias de un clima de aparente seguridad social en la población. Pero ésta, que no participó de la estructura comunista con influencia decisional, no optará por reeditar tal estructura. Al fin de cuentas es una base social desideologizada. Es dable esperar entonces que en vez de un riesgo de retorno del comunismo, se privilegie por los sectores descontentos una salida populista-autoritaria, o bien como lo plantea Gunder Frank “quienes tenían poco y ahora lo pierden recordarán sus modestos beneficios y pedirán la restauración del orden, si no en la antigua modalidad comunista, quizá en una nueva variedad fascista” (19).

El colapso de los regímenes de socialismo real es un hecho aceptado como irreversible por prácticamente todos los actores y sectores políticos. La propia izquierda tradicional de Europa Occidental, tributaria ahora de un pensamiento neomarxista, se plantea con claridad un escenario que no les es favorable. Hinrich Oetjen no tiene problema en reconocer que: “Hasta ahora no existe un concepto social convincente mejor que los diferentes sistemas capitalistas. En ello consiste la crisis de la izquierda”, sentencia. A partir de este diagnóstico propone a la izquierda asumir tareas que si bien son contestatarias le permitirían asegurarse un espacio político futuro, aunque desvinculado del pasado comunista. Dice: “Todos los movimientos de izquierda tienen que responsabilizarse frente a las nuevas estructuras que se crean en el Este... Tienen que preocuparse de los contrapesos adecuados en las nuevas sociedades capitalistas para que estos pueblos no tengan que reducir su punto de vista (solamente) hacia lo ‘nuevo’ ” (20). El planteamiento más parece reflejar una posición desesperada para no desaparecer como opción tradicional remozada, que una propuesta alternativa al capitalismo democrático.

El fracaso del socialismo real, o sea del comunismo, incide también en el socialismo tradicional, que no siendo comunista era tributario del pensamiento marxista. Schmitter establece que el colapso del comunismo “ha desacreditado profundamente la imagen no sólo del socialismo, sino de todos los proyectos políticos destinados a producir una sociedad ordenada racionalmen-

(19) Gunder Frank, André, artículo citado.

(20) Oetjen, Hinrich: *Fin del Socialismo, ¿fin de la utopía?*, en revista El Socialismo del Futuro, N° 5, Madrid, 1992.

te y gestionada colectivamente" (21), incluyendo aquél al cual él adhiere: el neocorporatismo.

Lo anterior es lo que lleva a Achille Occhetto, Secretario General del Partido Democrático de Izquierda Italiano —ex Partido Comunista— a plantearse interrogantes casi existenciales ante lo vertiginoso y profundo de los cambios: "Ha cambiado el mundo —escribe—, se anuncia una reestructuración en el sistema de los poderes y de las relaciones económicas, políticas, militares, sociales y culturales que configuran el concreto equilibrio de la realidad mundial. ¿Podemos pensar que nuestro modo de leer tales cambios y de actuar sobre ellos siga siendo el del tiempo ya concluido?" (22). La pregunta y la argumentación previa nos reafirman que el derrumbe del comunismo es definitivo. Es cierto que Italia fue un país en que su partido comunista bastante más tempranamente que otros expresó su independencia respecto de la ortodoxia de Moscú, y que por lo mismo se insertó plenamente en el sistema democrático. Sin embargo, a la hora de la crisis ello no le sirvió, por las razones que apuntaba Schmitter, y debió dar un viraje más radical para seguir existiendo como expresión política.

Así como en Europa del Este es posible hablar de un posttotalitarismo —en un plano político-institucional— en cuanto los regímenes de ese sello se han derrumbado, también lo es hablar de un postcomunismo —en el nivel ideológico— por cuanto esa estructura de pensamiento y su expresión orgánica ha terminado por desmoronarse en esos países, marcando un hito en un proceso de descomposición mundial, del cual sólo quedan algunos restos, como el régimen castrista en Cuba, pero que aparecen ineludiblemente condenados a desaparecer en cuanto tales. El comunismo no es viable a futuro porque desapareció como fenómeno político universal y sus saldos están o en traslación hacia la socialdemocracia, lo que constituye por sí una negación del marxismo, o en abierta desintegración en el caso de las posturas más tradicionales.

IV. LAS AMENAZAS REALES

El desafío que enfrentan los nuevos regímenes de Europa del Este es

(21) Schmitter, Philippe: *Experimentación con escala política en la Izquierda Europea*, en Revista El Socialismo del Futuro, N° 5, 1992.

(22) Occhetto, Achille: *Funciones y Objetivos de la Izquierda Italiana frente a la Revolución Democrática en la Unión Soviética*, en Revista El Socialismo del Futuro N° 4, 1991.

hacer gobernable la democracia a la que se ha arribado. Para ello debe asentarse un sólido sistema de partidos políticos, como se desprende de la primera parte de este estudio, y debe alcanzarse a mediano plazo una estabilidad económica que posibilite el pleno desenvolvimiento de una economía de mercado. No es tarea fácil, pues debe crearse casi todo. No hay una tradición democrática —a diferencia de los países cuya transición a la democracia es desde los autoritarismos— y deben improvisarse las prácticas políticas a las que estamos acostumbrado en el ritual democrático. No hay una tradición de competencia en el plano económico-social, ni de propiedad privada, ni de libre iniciativa; el mercado no era un término conocido en las antiguas economías socialistas. Hay, en consecuencia, que crear las bases y mecanismos de una economía de libre mercado, así como ir formando en el tiempo una nueva mentalidad en la población, particularmente en los jóvenes, acorde con los nuevos tiempos.

En este contexto de creación de un nuevo sistema político, económico y social, surgen las reales nuevas amenazas para la estabilidad del proceso transicional.

La más notoria, por su impacto visible e inmediato, es el resurgimiento de los nacionalismos. En Europa del Este, así como en la ex Unión Soviética, existían Estados multinacionales que no se habían formado por voluntad de las naciones concurrentes, sino por imposiciones forzadas, fuesen éstas por anexiones bajo presión de las armas, como es el caso de Lituania, Estonia y Letonia respecto de la ex URSS, por ejemplo, fuesen por derivaciones de negociaciones diplomáticas de la primera postguerra, como son los casos de Checoslovaquia y Yugoslavia. En estos dos últimos casos, la fusión precede a la implantación del régimen comunista, pero bajo el imperio de éste pareció consolidarse este tipo de 'unidad'.

Como lo plantea Jiri Pelikan "Es perfectamente natural que con la llegada de la democracia, con la libertad de expresión y con el reconocimiento del principio de la autodeterminación sea difícil, casi imposible, mantener la centralización de los viejos Estados multinacionales y bloquear el proceso de su desintegración hacia la soberanía e independencia de los nuevos Estados nacionales reclamados y respaldados por la voluntad de los pueblos" (23).

El problema de los nacionalismos en Europa del Este ha tenido tres

(23) Pelikan, Jiri: *La Izquierda y la Disgregación de los Estados Multinacionales en la Europa del Este: necesidad de una nueva solidaridad*, en Revista El Socialismo del Futuro, N° 5, 1992.

dimensiones: el caso de repúblicas independientes que fueron anexadas a la Unión Soviética por la fuerza y que en 1989-1990 luchan denodadamente por su liberación hasta reconquistar su antiguo estatus de Estados soberanos: Lituania, Estonia y Letonia; el caso de Estados Multinacionales artificiales formados después de la Primera Guerra Mundial: Checoslovaquia y Yugoslavia, que han terminado —por vías muy contrapuestas— desintegrándose como tales; y el caso de las minorías étnicas provenientes del movimiento de fronteras que sufre Europa en las dos guerras mundiales que siendo originarios de la nacionalidad de un Estado terminan siendo súbditos de otro.

En el último caso no hay demandas de independencia, pues no corresponde, y lo que cabría serían demandas de reinserción en sus antiguos Estados, pero al respecto los países europeos han acordado prudencialmente la no revisión de las fronteras, por lo que cabe respecto de estos casos un reconocimiento más explícito de las minorías étnicas y de sus derechos, o facilitar el retorno a los países de sus ancestros como ha acontecido con el retorno de alemanes desde Rusia.

La experiencia de las Repúblicas Bálticas muestra un positivo proceso de recuperación pacífica de la independencia. Formalmente era fácil dado que se trataba de declarar nulos los tratados de 1940 por los cuales Unión Soviética las había anexado. El punto crucial era la reacción de la URSS. Desde luego, inicialmente hubo un rechazo, pero los hechos se desencadenaron rápidamente. Entre abril y mayo de 1988 nacen los Frentes Populares por la liberación en Estonia, Lituania y Letonia. En noviembre de 1988 en Estonia se declara de manera unilateral la soberanía de la República, hecho que ocurrirá en Lituania en mayo de 1989 y en Letonia en julio del mismo año. En septiembre la URSS da una señal positiva admitiendo a través del Soviet Supremo que las anexionaciones habían sido ilegales.

Los Frentes Populares de los tres países emiten una declaración conjunta en agosto de 1989 en que trazan lo que denominan "El Camino Báltico". En el manifiesto conjunto dicen: "El Camino Báltico es una vía parlamentaria para conseguir la restauración pacífica de nuestra condición de Estados libres y soberanos" (24).

(24) Para una adecuada cronología comparativa de los procesos de independencia de las repúblicas bálticas, véase el cuadro 'Algunos de los principales hitos en la autoafirmación nacional de las repúblicas bálticas 1986-1989', en Taagepera, Rein: "El camino de Estonia hacia la Independencia", en *Revista Problemas Internacionales*, noviembre-diciembre de 1989.

Aparentemente el proceso de independencia se veía acelerado. Sin embargo, la URSS lo veía como algo más gradual. Vendrían momentos de tensión, hasta que como consecuencia del fallido golpe de agosto en la URSS, la independencia de los países bálticos termina siendo aceptada como un hecho inevitable tanto por la Unión Soviética pronta a expirar, como por la comunidad internacional.

Diferente ha sido el proceso de desintegración del Estado Yugoslavo. Desde luego en la conceptualización del proceso ya hay una diferencia: mientras en el caso de los países bálticos se trataba de poner fin a una anexión, en el caso yugoslavo se trataba de desintegrar una federación de Estados teóricamente iguales, pero que en la realidad estaban supeditados a la hegemonía de Serbia. Por eso fue conflictiva y sangrienta la separación de Croacia y Eslovenia y lo sigue siendo la de Bosnia. No priman aquí las aspiraciones ideológicas de ningún sector político, sino que lo que se hace visible es la voluntad de los serbios de rechazar la desintegración de Yugoslavia en cuanto tal fenómeno cuestiona la hegemonía que ejercían al interior del Estado federado.

La desintegración era inevitable dadas las diferencias nacionales, religiosas, culturales, históricas y económicas de los Estados concurrentes a la federación. La unidad que se había alcanzado bajo el dominio comunista era solo aparente y formal. Como dice Bogomil Ferfila "Las expresiones de los intereses, la identidad y los sentimientos nacionales fueron estigmatizados como actividades contrarrevolucionarias y antisocialistas y se les pretendió suprimir por medio del adoctrinamiento ideológico, las purgas y el terror" (25). La desintegración de Yugoslavia es un claro ejemplo de una pugna entre expresiones del nacionalismo que no logran canalizar por una vía pacífica la resolución de sus conflictos.

Por último, en el caso Checoslovaco la pugna se dio entre los Checos (de Bohemia y Moravia) y los Eslovacos. Logrado el cambio de régimen político, mantuvieron su unidad enfatizando el carácter federativo de la República. La Presidencia del checo Havel —un líder fundamentalmente intelectual— marcada por el entendimiento con el presidente del Congreso, el legendario Alexander Dubcek, eslovaco, afianzó la unidad a la hora del cambio. De allí que la transición en su primera fase, tanto en lo político como en lo económico, fuese un proceso sin mayores sobresaltos.

(25) Ferfila, Bogomil: *Yugoslavia: ¿Confederación o Desintegración?*, en Revista Problemas Internacionales, julio-agosto de 1991.

Alcanzado lo sustantivo de la transición se planteó la cuestión nacional. Fundamentalmente los eslovacos reclamaron el derecho a ser un Estado plenamente soberano. El camino seguido fue el opuesto al Yugoslavo, partiendo ambos casos de una similar matriz: ser Estados artificiales. En Checoslovaquia se impusieron la negociación y los acuerdos y la separación fue un proceso pacífico, en que una y otra parte respetó los cauces institucionales. Sin duda que se trató de una respuesta a las demandas nacionales que ha sido funcional a la estabilidad del proceso de transición, tanto en su dimensión política como en su dimensión económica.

Con todo, hasta aquí se trata de problemas que tienen o pueden tener solución mediante la formación de nuevos Estados. En cambio, el estímulo de los nacionalismos a través de la manipulación de minorías étnicas que no buscan su independencia —pues no constituyen gérmenes de Estado— sino que aspiran a remover las fronteras de los países, puede conducir a los procesos transicionales a soportar problemas de gobernabilidad.

El nacionalismo, como amenaza para la estabilidad es descrito magistralmente por Leszek Kolakowski: “El nacionalismo es nocivo y hostil a la civilización cuando se mantiene a través de la creencia en la superioridad natural de la propia tribu y el odio a los demás; si se buscan pretextos, por tontos que sean, para extenderse en territorios ajenos, y sobre todo, si implica la creencia idólatra en la absoluta primacía de los valores nacionales cuando chocan con los derechos de las personas que constituyen esa nación” (26).

(26) Kolakowski, Leszek: *Incertidumbre de una era democrática*, en Revista Leviatán N° 40, Madrid, Verano de 1990.